

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Enero 2007 - Número 5
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

“Inútilmente me pregunto qué pasará con él. ¿Es que acaso puede morir? Todo lo que muere ha tenido antes una especie de objetivo, alguna ocupación, y eso lo ha ido desgastando; pero éste no es el caso de Odradek”.

Franz Kafka

Falta y resto

Siempre me llamó la atención el uso de frases tales como: “mejor que S(fa)falte y no que z(s)oz(s)obre”, “te faltan cinco para el peso”, “faltaba más”, y otros tantos dichos de dominio popular. No sé muy bien por qué me atrae hoy detenerme en cuestiones tan banales como ésta, pero para un número veraniego tal vez no sea poco. Digo: es enero, “somos enero” como decía la tía Cuca. Y es cierto, esta nada que representa el primer mes del año nos constituye justamente en su falta. Aunque sea una verdad de Perogrullo (por no decir una reflexión trasnochada) no creo equivocarme al afirmar que la carencia es condición *sine qua non* de la abundancia.

Fíjense si no: hoy (que no tenemos nada más que calor y tedio) pensamos en todo lo que vendrá con el mes próximo; es decir que a partir de esa falta podemos ver lo que hay, percibimos lo lleno. Si todo fuera completitud, zozobraría nuestra existencia pues no habría más allá; no quedaría resto para seguir remando, para conseguir el Plus Ultra que alguna vez impulsara a las naves luso-ibéricas a cruzar la inmensidad de agua y de dudas.

En estos términos pienso la consigna que acordamos para comenzar el 2007: “uno menos”. Un mes menos, un día menos; sustracción que a su vez es suma que registra del lado del más. Vaya un ejemplo para echar algo de luz a la oscuridad de mi prosa: cada palabra que tipeo y va cubriendo el vacío de la hoja me acerca al número que estipulamos escribir por nota. Ahí, en esa carrera por llegar a cubrir el blanco se juega el uno menos y también el uno más; un texto que se agrega a la carpeta de archivo Odradek pero que asimismo me anticipa la ausencia de la idea para la publicación siguiente, una suerte de espiral de adición y resta que se juega al infinito.

¿Acaso el recuerdo no es también un poco esto?

Pregunto: ¿habría podido Proust escribir su interminable búsqueda si no hubiese habido una pérdida previa? Todo lo que Marcel recuerda *porque* le falta es lo que le permite recobrar el tiempo perdido. ¿Y qué hay de Borges? ¿No es acaso desde lo que ya no es que construye sus ficciones de orilleros, gauchos y cuchillos? Emma Bovary no sería uno de los personajes más famosos de la literatura si no hubiera estado marcada por la falta de experiencia, de vida, de amor y de aventuras.

Creo, en última instancia, que nuestra marcada insistencia en la escritura tiene que ver con lo que vengo diciendo. Si hoy el número 5 sale a la calle es porque todavía queda algo por ser dicho. O, simplemente, porque aún no les hemos colmado la paciencia.

Vanesa Pafundo

Ahora que me acuerdo

Hace un par de días, cuando volvía del diario, me sucedió algo que me gustaría contar. No fue algo memorable. Inclusive me cuesta recordar los detalles en este momento (a pocos días de acontecido el hecho) por lo que consideraré este relato como un simple recordatorio de lo que me sucedió. Claro que, ahora que lo pienso, me pasaron muchas cosas en la vida. En general siempre pasan cosas en la vida.

Suponiendo que de mis cincuenta años, una tercera parte la pasé durmiendo (porque lo que pasa mientras uno duerme es lo que no pasa), me quedan alrededor de treinta y tres años vividos. En ese tiempo ¿cuántas cosas

me habrán pasado? Supongamos que una “cosa promedio” dura una hora, eso significa que a lo largo de mi vida me pasaron cerca de doscientas noventa y dos mil cosas. De esas cosas, creo que podré acordarme de no más de mil o dos mil cosas (algunas más vagamente que otras). Eso es menos del 1%. O sea que de lo que me sucede, el 99% de las cosas no quedan registradas en mi memoria. Al menos no como cosas.

Seguramente mi forma de ser debe de estar más relacionada con el 99% de las cosas que no recuerdo que con ese 1% memorable. Sin embargo, ese 1% es el responsable de mis relaciones humanas, al menos a primer orden. Lo digo porque las conversaciones en general están gobernadas por los recuerdos que uno tiene y no por lo que uno olvidó. Aunque ese 99% tiene su influencia a la hora de elegir a quién contarle sus recuerdos.

Por ejemplo, en una reunión, puede haber dos personas que aparentemente sean iguales, tengan vestimentas similares, alturas similares y fortunas similares y que uno se sienta más a gusto hablando con una que con la otra. Muchos dicen “hay buena química con tal”, pero esas son trampas del lenguaje para explicar aquello que no se recuerda, aquello que fue borrado de nuestras mentes por la necesidad de recordar cosas que no nos pasaron o cosas que no son cosas sino abstracciones. Como sea, mi lucha va en camino a achicar ese 99% de cosas que pasan al olvido. Por eso decidí contar que el otro día cuando volvía del diario al doblar por Canning casi choco porque el semáforo tenía las tres luces prendidas. Les parecerá una estupidez, pero para mí es una cosa menos en mi 99%, mi granito de arena en esta lucha que llevo contra el olvido.

Señores, uno menos.

Mariano Quintero



“Odradek” - Nora Martínez

Lo que aprendí en la tele

Para Rava y los obreros de la fábrica

Hace poco un amigo me invitó a participar de un programa que produce. Como el programa era grabado, se me indicó que era posible que hubiera demoras y que grabar el tiempo que estaría frente a las cámaras (unos diez minutos) podía tomar algunas horas. Para alguien que, como yo, es un poco cholulo, la experiencia prometía ser fascinante.

Y lo fue. Esos diez minutos de programa tomaron (al menos a mí me tomaron, no sé cuánto les habrá tomado a los productores) 50 horas.

Ahora bien, se me dirá que esperar, se espera todos los días. Y quien lo dijera tendría razón. Pero hay diferentes tipos de espera. Se puede esperar, por ejemplo, el colectivo, o que llegue el pibe de la parilla con el asado. También, hay esperas más dilatadas: el embarazo, el amor para toda la vida, la muerte. Y hay, por último, experiencias que aunque objetivamente sean breves (¿qué son 50 horas comparado con esperar el amor verdadero?), dilatan el tiempo hasta límites intolerables. Este tipo de espera (el insomnio, una grabación televisiva) es intolerable justamente porque el fin de la espera parece inminente: una película en cable o la llamada a escena nos podría sacar de ese suplicio. Y sin embargo, no: no hay nada para ver en la tele, la toma debe ser rehecha o el guión cambió por quinta vez.

Mientras que las esperas cotidianas suelen incorporarse al folklore de los usos y costumbres del ser nacional (“la parrilla de la esquina tarda, pero la carne te la hace en el momento”) y las segundas son objeto de estudio (la del embarazo produjo la inseminación artificial, el ideal del amor verdadero creó el psicoanálisis), la espera condensada del insomne produce estupor. En efecto, quien espera se pregunta qué debe hacer y no encuentra ninguna respuesta a mano: ¿me tomo una pastilla o me quedo acostado?, ¿voy a putear al productor o sigo adelantando las lecturas del verano?.

Y entonces, cuando uno comienza a pensar que nunca más va a entrar al estudio de grabación, viene una chica (muy joven, muy voluntariosa,

siempre distinta) y dice que es hora de entrar. Parece que es el fin de la espera.

Pero no.

A mí, por ejemplo, se me pidió que, sobre algunas ideas, improvisara algunas respuestas. Lo hice lo mejor que pude, pero a medida que las tomas se repetían, mi dicción no ayudaba y los demás invitados se equivocaban; la improvisación comenzó a transformarse en recitado y finalmente en salmodia monocorde. El hecho es que la doble exigencia de “frescura” y precisión tornaba todas las palabras un remedo de los tonos y comentarios de un individuo medianamente lúcido.

Mientras se graba se está en el limbo. No sólo porque se repite todo hasta el hartazgo para que salga perfecto, sino porque la repetición obedece a patrones ajenos al dominio de quien está en escena. Las cámaras barren el espacio en forma distinta a como lo hace quien está en la escena y (bendición y condena del dispositivo) construyen un espacio a la medida de un espectador invisible. Así las cosas, al menos en mi experiencia, la grabación parecía un eterno ensayo: uno decía bien (o mal) lo que tenía que decir y el director decía “otra vez” (o “queda”) sin que se supiera qué oscuro designio habíamos acatado o desobedecido. Así que ¿cómo repetir el acierto o evitar el error en la próxima toma? Parecía que desde siempre se había dicho: “Hola, Mario”, y que por siempre se diría lo mismo.

En esos días aprendí algo que no sabía sobre la tele: que es como la vida misma. Que se espera para poner en escena algo que, aunque original, es ya algo repetido. Que todo lo que se espera, llega; pero que los hechos nunca son como se los imaginó. Como sucede con la memoria, quien espera proyecta lo que le gustaría ser o hacer, y siempre se miente. La espera es entonces un recuerdo del porvenir y siempre falta una hora menos, ¿pero de cuántas, por dios, de cuántas?

Ezequiel De Rosso

Perros de la lluvia

Sé que en algún momento mi Ponchi va a empezar a conocer las cosas lindas de la vida. Todo llega. No será necesario que le explique qué significan Tom Waits, las mujeres carnosas, los atardeceres frescos en la playa, Onetti, las horas pasadas con amigos, así, las piernas estiradas y la mirada perdida, la cerveza bien fría, los vasos que se vacían lentamente, la conversación que vuelve y se va y vuelve.

Él vivirá su vida como mejor le salga y yo voy a estar ahí, acompañándolo. En última instancia, un padre siempre hace lo que puede por sus hijos. Pero será el Ponchi quien tenga que padecer y disfrutar maestras, profesores, patrones, novias, pequeñas victorias, fracasos de toda clase y noches en que todo sale bien y uno se siente inmortal, poderoso.

Igual no logro contenerme y le recito frases que van a servirle, frases que, es probable, él conservará, como yo conservo las citas que repetía mi propio padre. Teníamos estilos distintos, mi papá y yo. Él decía: “Asco le tengo al frasco y al sorete me lo masco”. Y además decía: “Sobre el pucho y la escupida”. Y yo le digo, al Ponchi: “Tengo el hígado jodido y el corazón roto, me he bebido un río desde que me hiciste pedazos”. O le digo: “No morimos de viejos, morimos de las viejas heridas”. Y también: “Considerando los obstáculos, la distancia más corta entre dos puntos

puede ser la línea sinuosa”.

Hace unos días él y yo estábamos enojados. Algo terrible había hecho el muy guacho pero ahora no me acuerdo qué. No estoy seguro, en realidad. No sé si trató de tirar a la gata por la ventana o hizo una fogata con los dibujos que ya no le gustan. Pero cuando ya no pudo sostener más la situación -nos ignorábamos-, él me miró con su mejor carita de nene bueno -parecía el rubiecito de *Mi pobre angelito*- y me habló de esta manera, manejando el volumen de su voz: “Disfrutá de tu hijo”, me dijo, usando una de las frases que más le gustan a su madre, e hizo una pausa. Me miró a los ojos. “Soy un poco hinchita pero si no hubiera nacido vos no serías padre”, acá bajó un poco el tono. “Yo nací porque vos y mamá se enamoraron, ¿no?”, remató. Ahí, por supuesto, nos abrazamos, hicimos las paces y nos acostamos en su cama para ver a los Power Rangers. Antes de dormirme me vino la imagen de un perro negro, flaco y mojado, deambulando sin dirección. Eso es el futuro, pensé. “Son los perros que se ven perdidos por las calles cuando el chaparrón ha cesado” -dije en voz alta-. “La lluvia ha lavado los olores, y los perros no pueden encontrar su camino. Husmean, pero no lo encuentran”. No hay lugar a dónde ir. Pero el asunto consiste en buscarlo, buscar ese lugar que no existe, por más que se nos vaya la vida en eso.

Ariel Bermani

Él vivirá su vida como mejor le salga y yo voy a estar ahí, acompañándolo. En última instancia, un padre siempre hace lo que puede por sus hijos.

Es aquí

Esa mañana la tierra amaneció más alta. El sol se extendió chato y austero sobre las calles y a duras penas fue entrando en los jardines de las casas, pasando tímidamente a través de las verjas, sin fuerza suficiente para subir por el camino de lajas y llegar hasta las puertas de entrada.

Todo el día las cosas tuvieron sombra.

En la casa de Agustín se había instalado un calor recatado y oscuro. Había algunas personas en la sala de adelante, desde muy temprano. Transitaban en redondo, lentamente, sin detenerse demasiado, como jugando a un juego sin gracia. Sólo el profundo perfume del café recién hecho puso una nota de presencia en el ambiente. Entonces, cafecito en mano, se unieron todos para esperar la próxima vuelta, sin preguntar mucho, sin decir nada, sin siquiera mirar hacia donde estaba el cajón con el viejo muerto.

Agustín pasó todo el tiempo en el baño del piso de arriba, sentado en el inodoro, al lado de la ventana sin cortinas que daba al frente, hacia la calle. No quiso bajar en ningún momento. Alguna mujer de la familia subía cada tanto y sólo lo contemplaba un rato, como para ver si cambiaba de idea. Él seguía con la mirada clavada en el impenetrable, impotente código de los ojitos de perdiz de su corbata. De a ratos miraba por la ventana.

Nadie iba a creerle lo que había ocurrido. Nunca nadie lo supo. Pero fue él, el pequeño Agustín, el nieto tan querido, solito él, asqueado de tanto ver pasar y pasar a la muerte por la puerta de su casa buscando a su abuelo; esa muerte agria y prepotente, déspota, tan llena de ira por esa ardua búsqueda, casi interminable, casi infructuosa de no ser por él, Agustín, que al verla enloquecida, desquiciada -la muerte que muerta de miedo por no encontrar al viejo, se iba comiendo a cuanto ser se le cruzara- se le ocurrió golpear despacio el vidrio, hacer un ruido apenas y decirle: “Es aquí.”

Y ahí nomás arremetió la muerte con tanta fuerza que se desniveló la atmósfera. Se vio que era un desquite, algo muy personal. Por el sacudón, quedó la tierra levantada. Los perros aullaron hasta olvidarse de todo.

Todavía a la tardecita, había pájaros caminando por la vereda.

Nora Martínez

Versiones ridículas

Nuestra Señora de París (*Notre Dame de París*), de Víctor Maríe Hugo y *Las Aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi, fueron el punto de partida de dos versiones ridículas dedicadas al público menudo que fueron incineradas el pasado diciembre.

La primera, *Nuestra Señora de París*, es más conocida por el nombre con el que se la estrenó en el cine: *El Jorobado de Notre Dame*, que luego llegaría en forma de dibujo animado producido por los estudios Disney; pero la versión que nos interesa es la que se presentó en la edición del año 2000 del certamen literario organizado por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI). Llevaba como título *El hombre con capacidades diferentes de Notre Dame*. El personaje principal cambió el nombre Quasimodo por Eduardo. La descripción física de Quasimodo del original de Víctor Hugo “una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza casi unida directamente a los hombros, la columna vertebral combada, saliente el esternón y las piernas arqueadas”, es para Eduardo: “víctima de una escoliosis superior que lo obliga a caminar ligeramente encorvado, y le dificulta el ascenso por las escaleras”.

Los padres de Quasimodo, gitanos en la novela de 1831 son ahora “sin papeles que provienen de Europa del Este”.

Esta vez el malvado tutor putativo de Eduardo, el Juez Claude Frollo, es quien recibe la acción judicial promovida por Eduardo para la instalación de rampas en la entrada de la Iglesia de Notre Dame y un ascensor para acceder al campanario donde se desempeña el protagonista.

Además, durante la procesión en la que a Quasimodo se lo distinguía como “el papa de los locos”, el público asistente, no abuchea a Eduardo por su repugnante apariencia física sino que disfruta de su número en vivo donde imita a la perfección los sonidos producidos por los animales.

En el final de la nueva versión, la justicia golpea a las puertas de la Iglesia: se instalan las rampas, el ascensor, un dispositivo mecánico que hace sonar las campanas de manera automática a la hora exacta, y Eduardo recibe una pensión graciable.

Roberto Gárriz

Sin vuelta

A su hermano lo mataron unos carabineros que patrullaban la ciudad, una madrugada del mes de junio, sin mediar palabra -dijo un testigo ocasional que no se atrevió a comprobar si estaba muerto-.

Algunas veces imaginaba que estuvo horas, que se desangró hasta el amanecer. Otras, que murió de manera instantánea, que murió sin decir palabra, sin recordar a nadie, ausente de su cuerpo como un espíritu.

Su hermano no era militante, sólo se ocupaba del piano con el que se ganaba la vida en algunos lugares bailables frecuentados por los noctámbulos de Santiago. Esa gente de la noche era conocida por los guardias de seguridad, por los policías de civil que se mezclaban con los clientes. No, no era posible que lo hubiesen confundido con alguien. “Las órdenes vienen de arriba”, le dijo un integrante de la orquesta. “Arriba” era una sola persona,

arriba era una imagen en el televisor. Mascullaba unas palabras, unos lugares comunes lisonjeros mezclados con intimidaciones indirectas. Estaba con el uniforme, con unos anteojos negros que resultaban absurdos para alguien que lee su discurso.

Su madre le dice que aunque le quedan los otros hijos esa pérdida no tiene consuelo. Para ese criminal no importa -dice- puede matar todos los chilenos que quiera, siempre nacerán otros. Pero a mi hijo no puedo sustituirlo por nadie.

Por la noche se encontró con los compañeros, antes de ir a ver a su novia, recibió condolencias y gestos de resignación. Eso seguiría hasta que al de arriba se le ocurriera morir. Y muertes como las de su hermano, ínfimas y anónimas, nunca le serían imputadas de manera directa. “Excesos” ocurrían cada noche. La juventud de los que integran la

patrulla.

Su hermano era joven.

Al cruzar la avenida solitaria vio a un soldado parado frente al bar Pablo. Cruzó a su lado, el otro le pidió fuego. Al acercarse, metió la mano en el bolsillo derecho, con rapidez pasó el brazo izquierdo por el cuello y lo atrajo contra su cuerpo, mientras le hundía una navaja en el pecho.

Uno menos por noche -le dijo, mientras el otro se deslizaba de rodillas- hasta que tu jefe tenga la dignidad de morir.

Le dijo a su novia que había ayudado a un herido en la calle, que le diera otra camisa.

Bajo la ducha, con la sangre que se diluía sobre su cuerpo, creyó entender que no sólo había matado, sino que había jurado seguir hasta que muriera el otro, el de arriba.

Germán García

Los tipos

Conozco al dedillo cada rincón de mi casa. Sé con más precisión que un vidente cuánto mide cada objeto. Podría describir de memoria la textura, el tamaño y la ubicación de todos y cada uno de los adornos, muebles, electrodomésticos, enseres, ropa... Para mis dedos, el mundo no tiene secretos y mucho menos mi propia casa. Si me concentro, reconozco incluso los colores. Los huelo, los siento. Generalmente leo en braille pero haciendo un pequeño esfuerzo también puedo leer un texto cualquiera rozando con el índice las páginas impresas. Oigo a las plantas crecer, huelo la hora. Tanto agucé mis otros sentidos que perder la vista ha sido para mí casi una bendición. Por eso, puedo asegurar sin lugar a duda que algo raro está sucediendo en mi hogar.

Todo empezó ayer a la mañana, apenas me desperté. Mis pantuflas estaban tal como yo las había dejado, a los pies de la cama, en la misma ubicación que esperaba encontrarlas. Pero ya no eran rosas sino rojas. Llamé por teléfono a algunos amigos para contarles el incidente, pero todos minimizaron el hecho. Que tal vez estaba equivocada, que se trataba de colores similares que movían a la confusión, que por ahí estaban sucias... Pero no, yo SÉ que esas son MIS pantuflas y que ese no es el color que tenían.

Ese mismo día a la tarde detecté con horror que una de las paredes de la cocina se había corrido tres milímetros hacia fuera, ganándole terreno al living. Supuse que este hecho era fácilmente demostrable así que esta vez les pedí a algunos vecinos que vinieran hasta mi casa a corroborar lo sucedido,

pero nuevamente los comentarios disminuyeron la gravedad del suceso. Y hasta pude notar en el tono de las voces la mirada desconfiada de los que hablan con un loco.

Una sombra de más en el techo, una alegría del hogar que paró de crecer por varios minutos, un reloj cuya aguja horaria se detuvo cinco segundos para luego acelerarse y ganar otros seis. Todo eso pasó hoy, pero cada vez que quise que alguien comprobara los cambios que se vienen dando

en mi casa, no conseguí más que la opinión de verdaderos ciegos que osaron poner en tela de juicio mi cordura. Por eso decidí no hablar con nadie más, acaparar el miedo y escribir la verdad.

Ya cae la noche. Los cambios continúan operándose en todas y cada una de las cosas que me rodean, pero por suerte he logrado descubrir qué los motiva y cómo se producen. Y estoy convencida de que mi vida corre peligro. Ese es el precio que deberé pagar por conocer EL secreto. Secreto que ahora compartiremos usted -que ha dado con este escrito-, mi noble Remington y yo, que probablemente ya no me encuentre con vida.

Trataré de sor clara porque lo qui vay a contur puedo trastocur la percepcién que se tiena del mondi. Ul sacritu es qui lf miurte trduf bredcut frrrrrrss ssssssssss s s s ssss sss ss s s s sssss s sssss s s s ssss ss ssssss sssss sss sssss ss ssssss

Yanina Bouche



"La Bailarina" - Nora Martínez

Falta de carácter

Mi familia materna tiene una bóveda en un cementerio del Gran Buenos Aires. Es algo así como que mi bisabuela italiana vino a la Argentina, se fue vivir ahí, que por esos tiempos era apenas un pueblo, y casi ni muertos tenía, por lo que el cementerio apenas empezaba, y construyó la bóveda, que es como una iglesia diminuta con sótano y todo. Después de eso, o mientras tanto, tuvo muchos hijos, que tuvieron hijos a su vez, y es así que mi madre es la menor de diecisiete primos. Muchos de los cuales todavía están interesados en la bóveda de alguna manera, aunque mi madre, por ser la menor de todos ellos, tiene la llave y también la escritura.

Pero además de eso, la bóveda de la familia, es la prueba más flagrante de la relatividad de cualquier afirmación. Digo, que de las pocas veces que he ido en los últimos años, frente a la reja de la

bóveda se hacía evidente que todos sabíamos que uno menos es uno más. Porque la bóveda es grande, pero tampoco, evidentemente, es infinita. Y diecisiete primos, con la descendencia que todos han insistido en traer al mundo, forman una fila, digamos considerable, aunque muchos hayan encontrado salidas alternativas a esta superpoblación potencial.

Y entonces, además del dolor que en todos los casos me causaba estar frente a la bóveda dejando a alguien allí, también se aparecía, casi como en una plaqueta conmemorativa, el tributo a la variedad de perspectivas. O, dicho de otra manera, la confirmación en clave necrológica del saber popular: si hay un refrán que dice "no hay dos sin tres", también está ese de "la tercera es la vencida".

Tengo otros ejemplos, que me han

obsesionado menos, como "al que madruga Dios lo ayuda" frente a "no por mucho madrugar amanece más temprano". Pero debo reconocer que mi falta de interés real en este último par podría adjudicarse tanto a la consistencia de mi ateísmo, como al hecho de que la contradicción implícita no tiene la misma contundencia del primer ejemplo.

Como sea, ahora que lo pienso, el relativismo en general puede ser, sencillamente, falta de carácter. Digo, es cuestión de definirse, aunque sea en la necedad, decidir por uno de los dos refranes y dejar de tener en cuenta las otras, siempre inagotables, perspectivas. Para que la próxima vez, ojalá sea dentro de mucho tiempo, me anime a preguntarle a algún primo segundo o a alguna tía abuela política, el dato de un cementerio privado.

María Martha Gigena